

# LA NOVELA FILM

N° 5

30 cts.



LAS ESPOSAS DE LOS HOMBRES RICOS

# La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vlla  
Urgel, 7. - BARCELONA

# LA NOVELA FILM

Redacción { Lauria, n.º 96  
Administración { BARCELONA

AÑO I

RICH MEN'S WIVES 1922

N.º 5

## LAS ESPOSAS DE LOS HOMBRES RICOS

POR

CLARA WINDSOR Y HOUSE PETERS

Producción: G A S N I E R

CONCESIONARIA:

EMPRESAS REUNIDAS, S. A.

PASEO DE GRACIA, 56

BARCELONA



Prohibida la  
reproducción



## Las esposas de los hombres ricos

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### PREÁMBULO

Sobre las misérias, trabajos e ideales de la multitud, levanta su tablado la Farsa de la Sociedad Elegante.

Sus héroes y heroínas, Arlequines de raso que se llaman a sí mismos los selectos y bien nacidos, persiguen en loca zarabanda un fin único que se llama El Placer.

Todo les está permitido. Todo, menos rasgar el velo dorado de las Apariencias.

En este retablo brillante todo es alegría; color, música. Bajo sus rasos y sus diamantes parecen decir las Heroínas: la Vida se hizo para Nosotras.

Solamente cuando uno de estos Arlequines cae bajo el puñal del Escándalo vese que la Farsa pueda convertirse en Tragedia, y que a

veres dentro de uno de estos muñecos de trapo palpita un corazón humano.

### Y EMPIEZA NUESTRA HISTORIA

Junio, cuando terminados los cursos se desbandan las colegiales hacia sus hogares, como alegres pajarillos en demanda de sus nidos, Lydia Davenport, nuestra Heroína, que todo lo tenía, y para quien la vida ofrecíase con radiantes perspectivas, esperaba la llegada de sus parientes para alejarse, definitivamente, del pensionado en que estuvo largos años educándose.

Una de sus compañeras, a quien toda su familia recibía con gran jolgorio, hizo aumentar en el corazón de Lydia el deseo de abrazar pronto a sus padres.

Aun seguían manifestándose su mutua alegría la colegiala a que nos hemos referido y la familia de ésta, cuando Lydia vió aparecer el automóvil de su casa. Se le ensancho el pecho de gozo, despidióse efusivamente de una de las profesoras, de alguna que otra amiga y se precipitó a su coche en busca del cariño de los suyos.

Mas la decepción la esperaba. Nadie había ido a buscarla. ¡Nadie! ¿Podía ser eso? Sí; el coche estaba vacío.

Y Lydia, confusa, murmuró ante el ayudante del *chauffeur* que le abría la portezuela:

—Creí que habría venido papá a recogerme.

Aquel la entregó, como contestación, la siguiente carta:

*Queridísima hija:*

*Mis muchas ocupaciones me han impedido el ir a buscarte como hubiera sido mi deseo.*

*En cuanto a tu madre, sólo un incendio puede arrancarla de la cama a estas horas matinales.*

*Todos deseamos verte y esperamos con alegría tu llegada.*

*Mientras tanto te abraza tu*

*Padre.*

Lydia ocultó su inmensa tristeza y se sintió mucho más desconsolada al contemplar por última vez la dicha de la compañera rodada de sus amores.

Así, pues, sin más consuelo que la esperanza de encontrar la felicidad que envidiaba en los brazos de sus deudos al pisar los umbrales de su morada, emprendió sola Lydia el regreso del colegio...

La madre de Lydia, la señora Guillermina Davenport, estaba demasiado enfrascada en problemas de estética facial para pensar en hijas graduadas y otras bagatelas.

Mientras Lydia pensaba en ella, su madre atendía a las órdenes de su masagista.

—Ahora la señora tendrá la bondad de no hablar ni sonreírse por dos horas, porque si



no el barro se agrieta y salta, y todo el resultado se pierde—le había dicho después de engrasarle el rostro.

A poco, se posesionó de nuevo Lydia de su retiro, y con grandes muestras de satisfacción preguntó por los suyos al mayordomo:

—¿Dónde está mamá?



*Lydia ocultó su inmensa tristeza y se sintió mucho más desconsolada.*

—La señora Davenport dió órdenes estrictas para que no se la molestara hasta después de las seis.

—¿Y mi papaito?

—El señor Davenport está en la Biblioteca en conferencia con su abogado. Dijo que no se le interrumpiera por ningún concepto.

—¿Y Rosalinda? ¿Podré al menos abrazar a mi hermanita?

—La señorita Rosalinda está tomando su lección de baile.

Los ojos de Lydia se nublaron y en su interior resonaban las contestaciones que a todas sus preguntas le hacía el mayordomo.

Su vuelta era acogida tan triamente, que no acertaba a explicarse cómo juzgar la conducta de sus familiares... pero recordaba que todo seguía igual que años atrás...

Y, obligada a esperar que los "señores" y la "señorita" pudieran ocuparse de ella, Lydia cerróse en sus habitaciones...

Por fin para la impaciente colegiala, ansiosa de caricias, sonó la hora de las efusiones.

Su madre fué la primera en estar disponible para el caso... y con vehemencia Lydia se arrojó a sus brazos.

—¡Hola, mamaita mía!

—¡Pero hija! ¡No seas impetuosa! ¡No ves que me despeinas?—replicó su madre apartándola instintivamente de sí... y tomó sus precauciones para corresponder, en menor grado, a los abrazos de Lydia, sin que peligrara ni su cutis recién restaurado ni su peinado minuciosamente edificado.

Luego, la mujer, y no la madre, contempló

a la pujante y garrida beldad de su hija, ayer todavía una niña... Y mitad en broma, mitad en serio, murmuró: "¿Qué manera de crecer tan... insolente!"

Después de este rápido y admirativo examen, la madre vanidosa prosiguió pretextando tener mucho que hacer:

—Ahora, amor mío, no creas que me he olvidado de ti. Le he dado a tu doncella Lucille carta blanca para tu guardarropa. La belleza no basta, ¿sabes? Hay que exaltarla con sedas y rasos y pedrerías...

Realmente sorprendida, Lydia se mostraba maquinalmente conforme en todo aunque ella quisiera otra cosa.

Rosalinda Davenport, hermana de Lydia, linda jovencita con pretensiones de mujer, experimentó una muy viva alegría al verla.

Rosalinda tenía la manía de imitar a su madre y, muchas veces, el rojo de sus labios frescos no era propio de los mismos...

Lydia, que la vio afeitarse descaradamente, con la ingenuidad de una niña, la reprendió amablemente escandalizada:

—Pero, ¿por Dios, Rosalinda! ¿Aguarda a ser persona mayor... como yo!

No parecía muy dispuesta Rosalinda a obedecer a Lydia, pero, sin embargo, dejó los polvos y el carmín y recorrieron juntas la casa hasta encontrar libre a su padre.

Mauricio Davenport, el padre de nuestra

Heroína, salió al fin de su despacho a dar la bienvenida a Lydia.

Rico y de carácter independiente, con muchas más obligaciones fuera de su casa que en ella, había procurado a su esposa y a sus hijas una espléndida Casa de Muñeca... Y estaba convencido de que un talonario de cheques y una pluma-fuente son buenos substitutes del amor y de los deberes de un padre.

Como lo intentara con su madre, Lydia trató de verse mimada por su padre.

—Papaíto, déjame estar a tu lado y escúchame. ¡Tengo tantas cosas que contarte!

Pero pasado el primer impulso de cariño hacia la hija, el señor Mauricio consideraba que tenía otros asuntos que requerían su atención, y contestó a Lydia como sigue:

—Otra ocasión, nena. Ahora tengo los minutos contados. Mientras tanto toma este librito mágico y cómprate todo lo que quieras. El librito era el indispensable carnet de cheques...

—¿Entonces no te quedas a cenar con Rosalinda y conmigo?—le preguntó, descorazonada, Lydia.

—No puedo, y lo siento, queridas... Mi abogado y ese señor, que allí veis, me esperan para salir juntos... y regresaré tarde.

Como su madre tampoco cenaba aquella noche en casa, Lydia y Rosalinda se sentaron solas a la mesa...



Algunos días después, en el Concurso Hípico de Westchester, en donde caballos de pura sangre, y debutantes, se disputaban los elogios de *connoisseurs* y de profanos, Lydia, que tomaba parte en la fiesta, fué objeto de la admiración del elegante Juan Masters, para quien los negocios eran una pasión, los ca-



*Lydia trató de verse mimada por su padre*

ballos una manía, y las mujeres... un exquisito, pero peligroso pasatiempo.

La hermosura de Lydia cautivó de tal suerte al financiero, que inmediatamente se hizo pre-

sentar a ella... y una sola ojeada le bastó para escoger a la futura señora de su casa!

Los padres de Lydia, sentados en un palco del hipódromo, se felicitaban de su triunfo.

—Debemos enorgullecernos de la manera como hemos educado a nuestra hija. Positivamente es la sensación de la temporada.

Y en muy poco tiempo, pues Juan Masters era hombre de acción y voluntad, convirtióse Lydia en la dama adorada de su casa. O lo que es lo mismo: Lydia pasó de una Casa de Muñeca a otra.

Cierta tarde, mientras Lydia cortaba unas flores en el jardín de su nueva residencia, Elena, una doncella, pasó por su lado llorando. Lydia se le acercó e inquirió la causa de su aflicción.

—Rompi mi jarrón, señora... ¡Y me han despedido!

Lydia, dotada de humanitarios sentimientos, se opuso a que por una falta involuntaria fuese arrojada de su casa esa pobre muchacha arrepentida, y mandó llamar al mayordomo inflexible en presencia de Elena.

—Deseo que disculpe a esta doncella de su inconsciente culpa y que en lo sucesivo considere usted mejor los hechos—le dijo.

—La señora me permitirá hacerle observar que el principio de la disciplina debe ser mantenido en la servidumbre. El señor Masters me dió la responsabilidad de gobernar la casa.



—Puede usted volver a su trabajo, Elena—ordenó Lydia a la doncella.—En cuanto a su observación, mayordomo, voy a repetirla delante de usted mismo a mi esposo. Siganse.

Juan, puesto al corriente de lo sucedido, apoyó, como era de prever, a Lydia, y objetó al criado:



Lydia pasó de una Casa de Muñeca a otra...

—Puesto que así lo desea mi señora, la muchacha conservará su puesto. Pero en adelante se servirá hacernos gracia de incidentes semejantes.

Complacida por la obediencia de su marido, atento siempre a procurarles todos los caprichos, Lydia, sin darse cuenta de que apartaba la atención de su esposo de un asunto delicado, lo cubrió de zalamerías.

—Juanito, quería que me dedicaras unos cuantos minutos... Quiero hablarte de un asunto muy importante... He rebasado la cantidad que me tienes asignada. Y se me figura que hay filtraciones en los gastos de la casa.

—¡Nada más que eso, ciclito? Repundré la suma sobregirada, con tal de que no se me nubla esta carita de gloria que tengo delante—respondióle Juan sin dar interés a los gastos de su esposa.

Lydia acarició más y más a Juan suplicándole sus mimos.

—Tesoro, déjame terminar esta carta. Es un asunto importantísimo.

—A ver, déjame leerla...

Lydia pasó su vista sobre el escrito y leyó:

*...Y debe rendirse cuenta absolutamente de cada centavo invertido.*

EN ESTA CLASE DE CONTRATOS NO ES LÍCITO RETIRAR SINO LA CANTIDAD JUSTA QUE SE APORTÓ, y no toleraré que sea de otra manera...

—Dime, Juan, ¿se aplica esto también al matrimonio?—le preguntó Lydia.

—No, linda mía. El matrimonio y los negocios son cosas antagónicas. Tú conténtate

con ser encantadora y deja a tu marido la tarea ingrata de los negocios.

La respuesta, a pesar de ser muy amable, no era ciertamente muy halagadora. Según Juan, Lydia sólo tenía la misión de representar en la vida el papel de muñeca que divierte al marido atareado.

Pero Lydia, educada desde sus tiernos años en este ambiente de mueble de lujo, atala cada vez más fuertemente su vida a su rôle de mujer bonita.

Y ni aun la maternidad, que a la mayoría de las mujeres aporta una nueva significación de la vida, una nueva misión sublime y venturosa, alteró el curso brillante de la existencia de Lydia.

Una niñera se encargaba del blando ser que Juan y Lydia amaban con delirio. Y era tal el convencimiento de Juan de que su esposa sólo servía para lo que había nacido, o sea, lucir, le dijo varias veces, con motivo de sorprenderla meciendo al niño en sus brazos sin lograr que no le llorase:

—Tú no entiendes nada de criaturas, querida. Deja esos cuidados a la niñera.

Y, claro, tomar el niño la niñera y consolarle como por encanto la criaturita, era cosa sabida. El lujo despojaba a la madre incluso del derecho de aleccionarse a acurrucar al nene en su regazo!

Los Masters habían ido a pasar el verano en su quinta situada a orillas del mar.

Lydia, cediendo al influjo del medio, se había incorporado a la Parsa, y al cabo de tres años de matrimonio convirtiéndose en una de tantas Colombinas, ansiosa de goces y placeres...

Gastón De Lerys era uno de los más brillantes Arlequines del retablo dorado. Había hecho del amor un sacerdocio y de la seducción un arte... Pero su especialidad eran las Colombinas incomprendidas.

En el jardín de su quinta, Lydia había reunido a la sociedad elegante y se jugaba a la gallina ciega.

La señora Lindley-Blair, que acababa de llegar de París con las últimas nuevas en modas, escándalos y divorcios, había propuesto el juego, cuyas reglas exigían como prenda un beso... que ella dió al que, vendados los ojos, la había reconocido.

Gastón, que se había insinuado en Lydia en más de una ocasión durante este y otros juegos, la apartó de la reunión y la rogó:

—Mi incomparable amiga: príveme por unos instantes del placer inefable de verle el rostro... pues ansio perder y pagarle prenda.

Su súplica la pronunció Gastón de rodillas



y su frente, que Lydia se disponía a vendar, rozaba su cuerpo.

Juan Masters, presenciando esta escena desde su casa, de la que no salía para no tomar parte en ciertos juegos en contradicción con su carácter, presentóse ante Lydia, obligando a que, discretamente, como si no hubiera el



*...Juan presentóse ante Lydia, obligando a que Gastón se retirara.*

menor motivo de reproche en lo que hacía con ella, Gastón se retirara para unirse a los demás jugadores que precisamente se habían acercado mucho a ellos... tanto, que la señora Lindley-

Blair tropezó con Juan, reconociéndole.

Conforme a la ley del juego, la citada señora inició el gesto de besar a Juan, mas éste, sin cortesía, tratándose de quien se trataba, le contestó:

—No estoy en el juego, señora...

—¿Pero hay algún juego, Juan Masters, que



*...para unirse a los demás jugadores que precisamente se habían acercado mucho a ellos... tanto, que la señora Lindley-Blair...*

le parezca a usted bien?—replicó la aludida.

—El golf y el polo no me parecen mal, señora. Son juegos decorosos...

No prestó oídos la "elegante" a la indirecta de Juan, y siguió el juego como antes.

El pequeño Jaime Masters, hijo de Lydia y Juan, rubito como un sol, hallábase bajo la custodia de Susana Reynolds, una "nurse" modelo, con mucha ciencia y muy poco corazón.

La institutriz mandaba, por decirlo así, en el niño. Así una vez que Jaimito escapárase, aquella tarde, de su lado, para reunirse con su madre, en conversación con Gastón en el jardín, y que ella, Lydia, le dijera que lo dejase con ella unos minutos más, la "nurse" se negó a complacerla justificando su negativa con esta réplica:

—Imposible, señora... Hace cuatro minutos justos que debía estar en la cama.

Y Lydia tuvo que obedecer.

Llegó la noche...

Nuevos disfraces y nueva zarzuela. Y sobre el retablo dorado triunfaba Su Lasciva Majestad el Tango.

Lydia y Gastón hacían una exhibición de la argentina danza delante de los invitados, y ponían en ella su alma y su cuerpo...

Las parejas, seducidas por la música enervante, hablaban de amores, y no resultaba el espectáculo apto para caracteres como el de Juan, quien, hasta allí había mirado con tolerante desprecio la incesante Farsa. Por lo demás, son de tan mal gusto los celos...

Pero su paciencia se agotó al tomar cartas

en el asunto su amor propio ante el inícuo proceder de Gastón, quien al terminar el baile besó en los labios con atrevimiento a Lydia, acogiéndose a esta frase:

El verdadero tango termina siempre con un beso.

Lydia sintió por un momento el imperio de su conciencia, y si no castigó la audacia de Gastón, fué por no caer en ridículo si en efecto el verdadero tango terminaba siempre con un beso.

Sin embargo, Juan, sin extraviarse en consideraciones arbitrarias, reprendió particularmente a Lydia sin ocultar su disgusto a los presentes:

—Si es así como tú y tus amigos os divertís... ¡vale más que te busques nuevos amigos y nuevas diversiones!

Enojada por la forma y el tono empleados por Juan para censurar su conducta, Lydia, activa, como defendiéndose de las dudas que pudiera tener su esposo, le replicó:

—No renunciaré ni a mis amigos, ni a mis diversiones. ¿Has renunciado tú a algo en honor mío?

Más sensato que ella, Juan calló... mientras que Lydia, rencorosa, dijo a Gastón, al despedirle junto con los demás invitados:

—No olvide, Gastón, que tenemos en proyecto para mañana por la noche una fiesta en



la playa. Le nombro desde ahora mi caballero. No falte, ¿eh?

Aunque estuvieran enojados mutuamente Lydia y Juan, la intervención del niño reconcilió a los esposos, olvidando él en el amor de su mujercita, todas sus flaquezas de espíritu, propias de una niña excesivamente mimada.

Al día siguiente, en la noche mágica, cargada de efuvios penetrantes, y luminosa, triunfaba de nuevo la Locura...

Juan se había negado a participar en la fiesta en la playa... y Gastón se alegraba interiormente de que tal hiciera el marido de Lydia.

Una pareja se rezagó de las demás gracias a la dama, quien dijo a su caballero:

— ¡Oh! Se me ha ocurrido una idea magnífica! ¡Cenemos en el pabellón de Lydia, ahí encaramado sobre las rocas como un nido de gaviotas!

— Vamos, si usted quiere — contestó él.

Y la pareja en cuestión escaló las rocas hasta alcanzar el retiro silencioso...

Mientras para Juan Masters llegaba ese minuto terrible en que la Adorada se le aparecía a uno como una *Ésfige*... en que toda la razón, toda la voluntad, toda el alma buscan, angustiosas, la solución de un enigma del cual depende su felicidad.

¿Era posible que su espíritu diera cabida a los celos?...

La pareja rezagada se instalaba en el pa-

bellón de Lydia, dispuesta a cenar opíparamente, que bien provisto iba el galán de víveres y buen espumoso.

Pero un fin tenía la dama que propuso el aislamiento con su caballero.

¿Quería enamorallo! El golpe valdría la pena... pues había un millón de dólares por medio.

Y, mujer habilidosa la aludida dama, consiguió salir del pabellón de Lydia a pescar con el pretendido afortunado por sitios adormecidos, donde las olas mandaban sus notas arrulladoras...

Lydia y Gastón, mientras los demás invitados se entregaban al baño o a diversos juegos, se poseaban también... De súbito, Lydia notó que había luz en su pabellón, y acompañada por Gastón subió a ver quién se hallaba en él.

Al ver las provisiones de boca sobre la mesa, exclamó, sonriente:

— Una pareja tiene pensado el comer aquí. ¡Quedémonos para sorprenderla!

Gastón mostróse encantado y se prestó, mientras esperaban la llegada de la mentada pareja, a descalzar con adoración a Lydia, cuyos zapatos se mojaron en la playa.

No pudiendo soportar la duda que le atormentaba, a su pesar, Juan se dirigió a la playa y en ella preguntó al primer grupo que vio por su esposa.

—Acaba de pasar... en compañía de Gastón—le dijeron—Iban a dar una vuelta.

Juan se alejó de allí con rumbo desconocido y con grandes ansias de encontrar a Lydia.

Los del grupo al cual se acercó Juan comenzaron su pregunta:

—¡Oh! ¿Se fijaron ustedes cómo le brilla-



... y sorprendió a los dos "miserables"...

ban los ojos? ¡Si las miradas mataran, a estas horas estaríamos todos muertos!

Gastón aprovechaba su soledad con Lydia para declarar su pasión.

—Lea en mis ojos el amor que por usted

siento, Lydia. Mi vida daría a cambio de su cariño.

—Pero, Gastón, querido amigo, no desafíe! ¿Me está usted pidiendo que me divorcie de mi marido?

—Mi pobreza me impide pedirle tamaño sacrificio. Pero ¿acaso un amor como el nuestro ha de verse obstruido por las necias barreras de las convenciones sociales?

Éxtaltado, Gastón forcejeó con Lydia y la besó.

Lydia, comprendiendo la apurada situación en que su coquetería la había puesto, increpó a Gastón:

—¡Es usted un miserable! ¡Le odio! ¡Le aborrezco! ¡Pase!

Mas Gastón, dispuesto a jugarse el todo por el todo, intentó repetir su indigna hazaña, a lo cual se opuso con toda su alma Lydia, yendo de un lado para otro del pabellón para evitar que el infame la pudiera abrazar.

Pero la fatalidad quiso que Juan, advirtiendo como Lydia lo hiciera antes, que había luz en el pabellón, llegó hasta él... y "sorprendió" a los dos "miserables" que despertaron sus sospechas.

—¡Tú!... ¡Tú!... —gritó Lydia, desorbitados sus ojos, al ver aparecer a su marido.

Gastón, inmóvil en el centro del pabellón, se apretaba, con disimulo, a la defensa, en caso de ser agredido por Juan.



Los invitados a la fiesta de la playa habían seguido a Juan, pues comprendieron que algo anormal iba a ocurrir si éste descubriera a su esposa con Gastón en algún paraje dudoso... ¡todos estaban más o menos al corriente de la simpatía que parecía ligarles!...

El escándalo era, pues, manifiesto, y ante la



*.. y en vano trató Lidia de demostrar su inocencia a Juan...*

catástrofe inminente para su felicidad, Lydia clavó sus ojos llenos de rencor en los de Gastón y en vano trató de demostrar su inocencia a Juan, que no quería saber ni ver más de ella.

Entonces Lydia, dirigiéndose enérgicamente a los invitados, gritóles:

—¿Nadie de ustedes me sostendrá? ¡¡Cobardes!! ¡Uno de ustedes sabe, sin embargo, la verdad acerca de esta cosa y de la luz encendida!

Los culpables verdaderos no aparecieron...

Vencidas sus fuerzas por la excitación nerviosa por que pasó durante breves momentos, Lydia cayó desmayada al suelo.

Juan dominó sus instintos de dar una lección al galanteador de su esposa, mas su desprecio los envolvió a los dos y quiso evitarse el hacerle el honor de un desafío.

Por la mañana siguiente, cuando la pesadilla de la noche se cristalizó en una realidad dolorosa, Lydia preparaba sus maletas—ayudada por Elena, la doncella cuyo despido evitó algún tiempo atrás.

—¡Oh, señorita! ¡Se me rompe el corazón al verla marchar de esta casa! ¡Permítame a lo menos ir a verla de vez en cuando!...—dijole.

—Ven cuando quieras, mi buena Elena—respondióle Lydia.

Juan apareció en las habitaciones de Lydia, y mandó a la doncella que los dejara solos, y tras esto habló a su esposa como sigue:

—Para apartar a mi hijo de las salpicaduras del escándalo no pediré el divorcio, Lydia. Y, desde luego, la suma que te tengo asignada seguirá corriendo como hasta el presente.

—¿Me crees tan baja y vil que acepte tu dinero?—objetó Lydia.

—Como quieras.

Lydia se apresuraba para terminar pronto y alejarse de su marido para no soportar más sus ofensas. Una de sus maletas estaba abierta y dentro de ella, en evidencia, Juan vió su propio retrato y, ocultando su sorpresa, dijo a su esposa.

—Estimo que, dadas las circunstancias, no es lo más a propósito el retrato del marido...

Lydia, prestamente, repuso:

—No me lleve el retrato de mi marido, sino el retrato del padre de mi hijo... No serás tan cruel que quieras que Jaimito te olvide.

Y, entonces, sonaron estas lúgubres palabras para el corazón de una madre:

—¡Jaime se queda conmigo, Lydia!

—¡Nunca! ¡Nunca! Jaime necesita de mi cariño, y no consentiré jamás que me sea arrebatado.

—¡Has pisoteado los más sagrados deberes... incluso el deber de una madre! ¡No esperes, pues, volver a ver a tu hijo!

Lydia se precipitó a la cuna de su hijito, y comprobó su desaparición, con acerbo dolor y gritó como una loca que se lo devolvieran.

Pero, en corta reflexión, reconoció que tenía la de perder, pues todas las apariencias le acusaban, y se resignó con el corazón destrozado a partir sola.

—¿Qué le dirás a mi hijo cuando... pida... por mí?...—le balbució a su esposo.

—¡Le diré que... has muerto!—respondió Juan.

Lydia ahogó un grito en su garganta y, siguiendo un impulso muy humano, en su desamparo infinito buscó el refugio de su madre.

La señora Davenport no supo cómo sacar del apuro a su hija, pues no había aprendido siquiera a consolar. Y he aquí lo que le dijo:

—¿Pero te das cuenta verdadera de lo que esa separación representa para nosotros? Tu padre ha experimentado en estos últimos tiempos unos reveses muy serios. Y tenemos puestas en ti todas nuestras esperanzas para procurar a Rosalinda un buen partido...

—¡Pero madre! ¡Mamita mía! ¡No comprendes que soy inocente?...!

—¡Inocente o no, las apariencias están contra ti, Lydia! ¡Y sólo las apariencias cuentan en el círculo social al cual pertenecemos!

—¡Apariencias! ¡Cómo aborrezco esa odiosa palabra! ¡En toda mi vida sólo he oído hablar de apariencias!... ¡No sé cómo luchar por mí o por mi hijo!...—exclamó, desesperada, Lydia.

—¡Hija ingrata!—protestó la madre, resentida.—¿Acaso no te hemos dado, tu padre y yo, todo lo que necesitabas... *todo*?

—¡Todo, sí! ¡Todo... menos vosotros mismos!



La madre comprendió... y en su rostro puso un velo el arrepentimiento.

Lydia, recobrándose, tuvo aún la nobleza de pedirle gracia:

—Perdóname, mamáita... Temo mucho no hacerme comprender. Tú tampoco has tenido responsabilidad alguna en la vida... ¿No sabes lo que es vivir fuera de tu Casa de Muñeca!

Pobre hermanita...—añadió abrazando a Rosalinda que estaba moralmente de su parte,— ¡los reveses de fortuna de papá y mi infortunio van a sustraerte probablemente de una gran calamidad... la de vivir en un mundo de trampa y de cartón, donde todo es mentira, donde todo es falso!

Y aquel mismo día, mientras Lydia, rehusando el apoyo de nadie, se instalaba en un modesto pisito para ganarse la vida por sí misma haciendo labores, Jaimito decía a su padre, puerilmente:

—¿También tú sabes la noticia, papá? ¿Te lo dijo Susana?

—¿Qué es ello, hijito?

—¡Que mi mamáita linda se ha ido al cielo con los ángeles!...

Ocultó su dolor el padre, y confirmó al niño que en efecto su mamáita estaba en el cielo...

Todos los días, Lydia acudía a la reja de la morada de su esposo para ver a su hijito jugando en el jardín.

Jaimito, observado por Lydia, escribió cierta

tarde algo en un papel, atólo a un globo de juguete de gas y lo soltó luego.

La institutriz le reprochó el haber soltado el globo, y el niño se disculpó con este razonamiento:

—Estoy mandando una carta a mamá que está allí arriba... en el cielo.



—¡Que mi mamáita linda se ha ido al cielo con los ángeles!

Lydia, emocionada, presa su alma de la más terrible agonía, siguió el curso del globo ávida de leer lo que el niño escribiera en el papel; pero la ilusión fué barrida por el aire...

Y como el Fénix fabuloso, una nueva alma, capaz de todos los heroísmos y de todas las abnegaciones, resurgió lentamente de las cenizas de la Tragedia.

La fidelidad de la doncella Elena procuraba a Lydia los únicos consuelos de su vida.

—...Y si supiera la señora cómo la echaba de menos Jaimito! No hace más que hablar de la señora y de preguntar por ella a cada instante. Pero, ¿se ha pinchado usted, señora? Deje que yo le cosa...

—Gracias, Elena, pero he conseguido emanciparme con mi trabajo. El descubrimiento de que no soy una inútil me ha colmado de alegría... ¡Y mira...! ¡Estos billetes son el primer dinero que he ganado en mi vida!

Al marcharse Elena de su casa, Lydia le entregó una flor, diciéndole:

—No te olvides, Elena, de mi mensaje mudo... ¡Quizás algún día Juan sepa descifrar este mensaje de mi alma!

—Descuide la señora.

—¡Dios te bendiga, Elena! ¿Pues qué haría si no tuviera noticias diarias de mi hijito?

Elena, en llegando a la quinta de Juan, depositaba la flor entregada por Lydia en un florero colocado encima de su despacho.

Y aquella noche, cuando Jaimito fué a darle las buenas noches, Juan contemplaba, gracias a la evocación por la citada flor de los tiempos pasados, un retrato de Lydia.

Jaimito, que se acercó a su padre sobre la punta de los pies, vió a su madre y exclamó a la par que Juan escondía la fotografía en un cajón:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Mamá! ¡Mamita mía!

La institutriz se llevó al niño a la cama y le hizo recitar la oración que terminaba así:

—...Y Dios bendiga a mi papá y haga que Jaimito se porte bien. Amén.

Mas cuando la "nurse" severísima hubo desaparecido, Jaimito se volvió a arrodillar y recitó:

—Y ¡oh! ¡Padre mío que estás en los cielos! Si quieres devolverme a mi mamita linda te lo agradeceré mucho. Y otra vez Amén.

Lydia, aquella noche no pudo resistir el deseo de ver a su hijito del alma, y confiando lograr su objeto llegó hasta la reja de la morada y se introdujo en el jardín, llegando oculta hasta la puerta de entrada del despacho de Juan, sumido en las tinieblas como las demás habitaciones de la casa.

Y el cielo quiso complacer a la dolorida madre haciendo que el niño, recordando que el retrato de su madre se hallaba en un cajón de la mesa despacho de su padre, bajase a verlo.

Al atisbar a su madre a través de los cristales de la puerta cerrada, el niño se acercó cuanto pudo, y como Lydia, posó sus labios sobre el vidrio besándolo cual si besara los labios de su madre.



—Mamáita linda! ¡Oh mamita mia! ¡Por fin bajaste del cielo!

Lydia lloraba como la Dolorosa detrás de la barrera de cristal de La Desesperación.

De pronto la institutriz, habiendo notado la ausencia de Jaimito, lo buscó por la casa, y le sorprendió junto a la puerta del jardín.

Lydia, para no ser vista, huyó como un alma en pena.

Y mientras era arrastrado por la "nurse", Jaimito exclamaba:

—¡Susana! ¡Susana! ¡Mi mamá bajó del cielo! ¡Acabo de besarla!!

—¿Qué dices?—se detuvo, la "nurse", intrigada, a preguntarle.

—Sí, sí, era mamá... mi mamita querida... insistió Jaimito.

Fuera por lo que fuere, aquella noche Susana no rió más a Jaimito.

Antes de salir del parque de la morada de Juan, Lydia tuvo que ocultarse al aparecer a poca distancia de ella un automóvil que le era desconocido, del que se apeó Juan, a quien una dama despedía desde el interior del coche.

—No me agradezca, Juanito, el que le haya traído hasta su casa. Lo he hecho con mucho gusto. Y permítame otra vez que le dé las gracias por recibirme su casa para la fiesta que tengo en proyecto.

Para la pobre madre, no podía haber mayor tortura que la separación del hijo de sus entrañas... y los celos del esposo...

Algunas noches después, en la casa de Juan Masters, volvieron los Arlequines de raso a representar su Farsa dorada, mientras la mujer que lo perdió todo, paría lastimera, rondaba en torno de su Paraíso perdido, como un fantasma del Dolor y de la Desesperación.

Elena, la fiel doncella, le dió en la verja, noticias de Jaimito, que estaba enfermito, sin gravedad.

Como hacía algunas noches, Lydia quiso ver a su hijo y suplicó a Elena que la ocultase en la casa para aprovechar la fiesta para llegar hasta él.

Elena, tras mucho rogar de la desconsolada Lydia, cedió, y al objeto de alejar del cuarto del niño a Susana, fué a decirle:

—Hay una animación enorme ahí abajo, Susana. Si quiere echar un vistazo, váyase. Yo me quedaré al cuidado del señorito Jaime.

Se avino a la oferta la "nurse", y Elena, al quedar sola con Jaimito, dijo a éste:

—¡Cierra los ojos, nenito, y piensa en algo que desees mucho... mucho! ¡Y quién sabe lo que puede suceder!...

Jaimito, que quería mucho a Elena — porque Elena lo adoraba. — La obedeció, y al abrir sus ojitos el niño vió a su madrecita que le tendía los brazos, a los que él se arrojó.

—¡Hijo de mi alma! ¡Mi tesoro... mi bien... mi vida!—exclamaba Lydia.

¡Rota la barrera de cristal! ¡Las manitas tiernas palpaban al fin el Enigma!

—¡Mi mamita linda! ¡Mía, mía! ¡¡Cuánto te quiero!!—decía Jaimito.

Entretanto, en la fiesta, la dama que la daba en la casa de Juan, y que se esforzaba por serle lo más agradable posible con vista a una posible inteligencia matrimonial, díjole con doble intención:

—En este Jardín del Amor falta Cupido... ¡el reyezuelo que gobierna el mundo!

—Su nene intervino una señorita.—¿Voy a buscarlo?

Por complacer a la dama en cuestión, Juan accedió a que el niño figurase en la fiesta como Cupido, para lo cual las señoritas se encargaron de vestirlo a propósito.

Lydia se negaba con todas sus energías a entregar a su hijito enfermo para que divirtiera a los invitados, mas tuvo, al fin, que ceder obedeciendo a un ruego suplicante de Elena, que se comprometería si se llegara a descubrir la presencia de Lydia en la casa.

Ignorando la indisposición del niño, Juan había tolerado que lo desnudasen y que cubriesen su tierno cuerpo con unos lazos rosa.

Pero Lydia, protegida por su conciencia que gritaba su inculpabilidad en los hechos del pabellón, irrumpió en la fiesta, arrebato a su hijo

de las damas que le vestían, y desde la escalera del salón, dominando a todos los presentes, les dijo con fiereza de loba:

—¡Miserables! ¡Es mi hijo, mi hijo, ¿comprenden?, y no me lo arrebatarán tan fácilmente! ¡Infames! ¡Hacer de mi hijo un juguete! ¡No sabía que los imbéciles pudieran



—¡Miserables! ¡Es mi hijo, mi hijo, ¿comprenden?...

convertirse en bestias feroces!... Pero yo también soy ahora una fiera y defenderé a mi hijo con mis dientes y con mis uñas!

El asunto estaba pintado en todos los ros-



tros. Juan había palidecido y una caricia ignorada aún ablandaba todo su ser.

Lydia, estrechando con frenesí a su hijito contra su pecho, lo condujo a su camita.

Juan, convencido de que sólo una mujer buena era capaz de hacer lo que había hecho Lydia con la frente tan alta delante de todos,



— *Háganme el obsequio... Márchense... Esta noche he aprendido la lección de mi vida...*

estaba decidido a corregir con cruces su grande error, y dijo a sus invitados, sin distinción alguna:

— *Háganme el obsequio... Márchense... Esta*

noche he aprendido la lección de mi vida... Márchense.

Jaimito llenaba de caricias a su madre.

Mamá—le decía agradecido,—te quiero mucho, mucho!... ¿Verdad que tú me quieres también?

Juan, confuso, se arrodilló ante el lecho de Jaimito, y la tierna escena que se desarrollaba entre madre e hijo venció su fortaleza de hombre, y el alma buena del esposo obcecado vació su dolor en lágrimas...

Lydia, dichosa como nunca, abrió sus brazos a su esposo y besó sus perlas del olvido...

Mientras el Régimen Científico, esa "nurse" sin cariño, tomaba el portante, acompañado de un irónico "feliz viaje", el Amor y la Caridad volvían a sentar sus reales en aquella casa e inauguraban un reinado perdurable...

Y Jaimito cerró la verja. ¿No fuera caso que a la institutriz se le ocurriera volver a entrar!

FIN

(Revisado por la censura militar)

PRÓXIMO NÚMERO  
LA PRECIOSA NOVELA

---

---

# DERING EL NEGRO

---

---

SUBLIME INTERPRETACIÓN  
DEL INCOMPARABLE  
WILLIAM S. HART

PROGRAMA AJURIA



POSTAL-ESCENA DE  
"Rosita La Cantante Callejera"  
(Mary Pickford)



PRECIO: 30 CÉNTIMOS  
SALE TODOS LOS MARTES



